

*El Fruto
De
Tu Vientre*



Por María Isabel Cascajosa

Prólogo

La Comunicación

Este es un factor muy importante que vamos a definir porque es crucial para abordar todos los temas que a continuación veremos. Si no sabemos comunicarnos bien, no podremos transmitir ni enseñar nada de lo aquí tratado.

La comunicación es el sistema de transmisión de ideas que utiliza como instrumento palabras.

Se compone de cuatro elementos.

El emisor: el que emite el mensaje

El receptor: el que recibe el mensaje

El canal: el medio por el cual se imparte el mensaje (oral, escrito, gestos, etc.)

El mensaje: el contenido de ideas, fórmulas, pensamientos, etc.

Como padres, somos emisores cuando hablamos con nuestros hijos, siendo ellos en este caso los receptores. A veces este papel se intercambia, convirtiéndonos a nosotros en receptores y a ellos en emisores. Es muy importante la pausa en todo este proceso de comunicación. Debemos saber tomar una pausa y dar lugar a nuestro hijo para que él emita su mensaje. Sin duda alguna, el canal más eficaz de comunicación es el oral porque puede surtir un mayor efecto en nuestro intercambio de mensajes.

Las distracciones (la televisión, las preocupaciones en nuestra mente, el pensar en otra cosa, etc.) son un detalle a tener en cuenta a la hora de mantener una buena comunicación porque ellas van a entorpecer nuestro propósito. Mantener nuestra mente en blanco mientras nuestro hijo nos quiere comunicar su mensaje sería lo ideal, pero de no ser así, evitemos todas las circunstancias adversas a nuestro alrededor.

Dedicatoria

Este pequeño libro está dedicado a todos los padres, especialmente a aquellos cuyo propósito sea como el de una servidora y su esposo, que es el de encaminar y guiar a nuestros hijos con la ayuda de Dios a través de Su hermosa Palabra revelada en la Biblia.

Un abrazo a todos los padres con quienes compartimos este mismo frente de lucha diaria por nuestros hijos, por lo más hermoso que Dios un día nos regaló y nos encomendó... por el Fruto del vientre.

Introducción

La escucha es otro factor muy importante. Cuando hagamos pausa, seamos buenos receptores. Así les estamos enseñando también a ellos a escuchar y a hacerlo bien. **“El que responde antes de escuchar, cosecha necedad y vergüenza”** (Proverbios 18:13).

Un término común de la psicología es “empatía”, el cual se refiere a la habilidad de ponerse uno en el lugar del otro a la hora de escuchar. Cada vez que nos convertimos en receptores, debemos de ponernos en el lugar del otro (o como se dice aquí en Andalucía: “ponerse en sus pellejos”).

¿Te ha ignorado alguien alguna vez cuando le estabas hablando? Seguro que sí. Todos hemos experimentado aquella sensación desagradable de impotencia y rabia al ver que otro no nos presta atención. Hasta podemos pensar que a sus ojos somos insignificantes o que no le importamos. Pues, esto es precisamente lo que sienten nuestros hijos cuando no les escuchamos o no tomamos en cuenta ni en serio su mensaje.

Para ellos es tan preocupante que su profesora les haya reprendido como para nosotros tener que soportar las quejas del jefe o de nuestros compañeros. No existe diferencia alguna; simplemente cambian las circunstancias y la madurez.

Aprendamos a comunicarnos bien con nuestros hijos.

No es mi propósito, ni el de mi esposo, ser los mejores padres del mundo, pues seguro que fracasaríamos en el intento. (Somos imperfectos como todos.) Sin embargo, sí tenemos un ferviente deseo de sembrar en nuestros hijos el amor de Dios y Su buena y justa voluntad para que así puedan ser luces útiles para esta triste y desolada sociedad en que vivimos. Si nuestros esfuerzos no dan el fruto esperado, por lo menos estaremos satisfechos al pensar que sí valió la pena haberlo intentado, pues tenemos la esperanza de que la buena semilla estará sembrada en sus corazones y ahora les toca a ellos tener preparada la buena tierra. Aunque ya no estemos en este mundo, pueda dar fruto algún día. Espero que este deseo sea compartido por todos vosotros.

Ahora es mi anhelo que la lectura de las siguientes páginas sean de vuestro agrado. No espero que todos cambiéis vuestra forma de pensar y actuar como padres, pero sí al menos que reflexionéis y meditéis en ello.

Este pequeño y humilde trabajo sobre los hijos me ha ayudado mucho como madre y deseo compartirlo con todos vosotros. Este ha sido mi propósito al escribirlo.

María Isabel Cascajosa
maribel@buscad.com

Índice

Capítulo 1 — Un regalo de Dios	pp. 1-5
Capítulo 2 — La mano que mece la cuna	pp. 6-9
Capítulo 3 — Aprendo más equivocándome	pp. 10-11
Capítulo 4 — Dame las mejores bendiciones	pp. 12-17
Capítulo 5 — Edúcame en valores cristianos	pp. 18-25
Capítulo 6 — ¿Estás aquí, Papá?	pp. 26-30
Capítulo 7 — Mi deuda con vosotros	pp. 31-33
Capítulo 8 — ¿Cuál es el asunto primordial para mi vida?	pp. 34-39
Test de Preguntas	pp. 40-43



Un regalo de Dios

He aquí, heredad de Jehová son los hijos;
recompensa es el fruto del vientre.

Salmo 127:3

Que emoción más grande y maravillosa aquella primera vez que sentí a mi hijo en mi vientre. Es una experiencia que solo una madre puede vivir. Esto ocurrió aproximadamente hacia los cuatro meses de gestación. Desde el momento en que me dijeron la noticia de mi embarazo, amé a mi hijo. Pero desde que le sentí dentro de mí y supe que un nuevo ser saltaba en mi interior, decidí mantener siempre con él un vínculo estrecho. Esto ha sucedido dos veces, pues tengo dos hijos maravillosos. Por supuesto, esto era un regalo de Dios.

“¡Alégrense tu padre y tu madre! ¡Gócese la que te dio a luz!” (Proverbios 23:25)

Los hijos siempre son bendiciones, sean guapos o menos agraciados, extrovertidos o retraídos, superdotados o menos inteligentes, niños o niñas, etc. Lo más importante será sembrar en sus corazones tiernos la buena voluntad del Señor: **“Pero en cuanto a la parte que cayó en buena tierra, éstos son los que, al oír con corazón bueno y recto, retienen la palabra oída; y llevan fruto con perseverancia”** (Lucas 8:15).

Una de las características sobresalientes del ser humano es su capacidad de aprender, ya que el cerebro humano Dios lo creó especialmente dotado para este fin. **“Aprended a hacer el bien; buscad el juicio...”** (Isaías 1:17).

En esta facultad que Dios nos ha concedido, son especialmente los niños los que tienen mayor habilidad de aprendizaje, ya que están en su primera etapa. Nuestros hijos pueden aprender infinidad de cosas a lo largo de sus vidas. No hay un límite establecido. Inclusive nosotros, como adultos, seguimos aprendiendo algo nuevo cada día. Pero hay riesgos: se puede aprender tanto lo bueno como lo malo y lo que se aprende en los primeros años de la vida será muy difícil de modificar más tarde.

El aprendizaje, según los expertos, es la adquisición o modificación de la conducta como resultado de la experiencia. Ampliando un poco más la definición, se entiende como el proceso de interiorización de normas y pautas de comportamiento, de valores y símbolos socialmente aceptados, y de conocimientos en general como fruto de la enseñanza, la experiencia o la práctica.

Ya que como padres tenemos esta responsabilidad, hagamos todo lo posible para enseñar el buen camino. **“Y enseñarán a mi pueblo a hacer diferencia entre lo santo y lo profano, y les enseñarán a discernir entre lo limpio y lo no limpio”** (Ezequiel 44:23).

¿Autoridad?

Para muchos la palabra autoridad no suena muy bien. La asocian con “dictadura” y es simplemente algo que no les agrada. Prefieren

decir: “en mi casa somos más liberales”. Suena mejor, más aceptado socialmente. Existen connotaciones de una época en que los derechos de las personas no eran reconocidos y todo era pecado. A causa de ello, la sociedad ha ido pasando desde una educación autoritaria a otra permisiva. El ser humano es así. No entiende de equilibrio. O todo es malo o todo bueno. El extremismo no proviene de Dios. El hombre confunde los dos términos, invirtiéndolos a veces. **“Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo, que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz”** (Isaías 5:20).

Esta manera de pensar y actuar ha alcanzado a todos los ámbitos relacionados con la educación, tanto en las familias como en las escuelas.

Relacionados con el concepto de la autoridad, se encuentran palabras como “obediencia” y “disciplina”, las cuales generan un rechazo social cada vez mayor. Todo ello hace que el principio de autoridad esté en crisis, como otros valores fundamentales para poder educar de forma eficiente. Los profesores que tienen a su cargo adolescentes, tienen verdaderos problemas para poder impartir las clases. En las aulas se hace difícil poder concentrarse para aprender. Es evidente que el ambiente está fuera de control; el profesor hace tiempo ha perdido el mando. Si en el terreno escolar ocurre esto, en el seno de muchas familias no puede decirse que el ambiente que se respira sea mucho mejor.

Muchos padres sufren y se desesperan con sus hijos. Algunos intentan conformarse consolándose, pensando que todos hacen lo mismo. La autoridad no la tienen los padres sino los hijos; éstos no respetan ni obedecen. Obligan a los padres a hacer lo que no desean y, conforme van creciendo, se hacen ingobernables. Esta clase de sociedad fue predicha por el apóstol Pablo hace casi dos mil años: **“Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres...”** (2 Timoteo 3:2).

Hace pocas semanas escuché junto con mi marido una noticia que

hizo preocuparnos verdaderamente sobre este tema de la autoridad de los padres y la rebeldía de los hijos. Ocurrió que una adolescente de tan solo trece años se marchaba de casa cuando le venía en gana, sin respetar en lo más mínimo la sujeción a sus padres. La madre relataba la historia con mucha integridad, acostumbrada la pobre mujer a las escapadas de su hija, pues no era la primera vez que lo hacía. La mujer culpaba a las amistades de su hija por dicha conducta.

La verdad es que sobre este tipo de problemas tan delicados habría que investigar un poco más a fondo el origen de la conducta de estos adolescentes. A mí, personalmente, me entraría una impotencia horrible al saber que a mis hijos no los pude sujetar a tiempo; que no pude controlarles a su debido momento, y que por ello algún día se rebelaran contra sus padres. **“...Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí”** (Isaías 1:2).

Sin autoridad, sin normas, sin disciplina, sin obediencia, nunca puede existir la educación. Autoridad es el derecho a dirigir, mandar y guiar a las personas que están bajo la responsabilidad de uno.

Hay tres aspectos diferentes:

- 1- Dirigir significa llevar rectamente a alguien hacia un objetivo.
- 2- Mandar hace referencia a poner límites o normas y procurar su cumplimiento.
- 3- Guiar es ir delante mostrando el camino.

¿Cómo se socava la autoridad de los padres? Hay varios factores pero entre ellos vamos a apuntar los ejemplos más comunes:

- Falta de unidad de criterio entre los padres.
- Discusiones descontroladas en presencia de los hijos.
- Alianzas entre el hijo y uno de los padres (aquí sobre todo la madre).
- Un padre utiliza al otro para ejercer autoridad sobre el hijo.
- No predicar con el ejemplo.
- Los padres no respetan las normas generales que hacen estable-

cer a los hijos.

- Falta de veracidad.
- Permitir las estrategias de los hijos.
- La ausencia de control en el ambiente de nuestro hogar.

¿Cómo debería de ser nuestra autoridad hacia nuestros hijos?

- Educativa (que instruya, que expliquemos las razones por las cuales les dirigimos).
- La autoridad debe ejercerse en una relación de amor.
- Debe ejercerse desde el principio.
- Hay que establecer normas claras y concretas.
- La aprobación y desaprobación de los padres debe de ser moderada.
- Toda conducta tiene consecuencia, positiva o negativa.
- Diálogo, firmeza, flexibilidad, perseverancia.
- Saber distinguir entre lo importante y lo secundario.
- Controlando las invasiones (es decir, las interrupciones que estorban la tranquilidad del hogar).
- Más eficacia si se prevé con antelación.



La mano que mece la cuna

Alguien dijo que dependiendo de la mano que haya mecido nuestra cuna (en un sentido figurado) seremos mejores o peores personas, ya que marcará toda nuestra existencia.

Esta mano es la madre, cuyo papel en la educación del niño es primordial. No es menos importante que la mano del padre, pues todos sabemos que el marido es cabeza de la familia (educa, sustenta, dirige, etc., Efesios 5:23). Ambos en la educación de nuestros hijos somos necesarios, pues formamos un conjunto. **“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”** (Génesis 2:24).

Pero generalmente quienes pasamos más tiempo con nuestros hijos somos nosotras. Aquí me refiero fundamentalmente a la ama de casa que se dedica a criar a sus hijos durante los primeros años de vida.

Hay algo que suelo observar en algunas madres: que delegan toda

la responsabilidad al padre en cuanto al castigo, disciplina, etc. y ellas se dedican casi exclusivamente a los besos, abrazos, elogios, etc. Esto no debe ser así. El niño tiene que ser corregido por ambos.

Hay un ejemplo muy común que suelo presenciar. El niño ha tenido un mal comportamiento o se rebela en contra de su madre. La mamá, en vez de solucionar el problema al instante, le dice al crío: “¡Cuando venga Papá verás la que te va a caer!” El padre viene de su trabajo, ya tarde y supuestamente cansado, y al niño ya se le olvidó hasta la reprimenda que iba a recibir.

El niño debe de ser corregido en el momento de su mal comportamiento, esté su padre o madre presentes. Lo mejor en estas situaciones es tener un común acuerdo la pareja en cuanto al método o forma de corregir al niño para que éste no sufra confusión. **“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”** (Efesios 6:4).

La corrección del niño es preferible desde temprana edad, dependiendo del carácter de cada crío. Recuerdo que con mi primer hijo tuve que comenzar a corregirlo a partir de los dos años de edad aproximadamente. En cambio, con mi segundo hijo he tenido que empezar un poco antes. Evidentemente, tampoco es igual el primero que los siguientes, pues éstos a veces son bastantes más precoces y suelen imitar a su hermano/a mayor en todo. **“El que detiene el castigo a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”** (Proverbios 13:24).

Por lo tanto, los padres tenemos un trabajo muy importante que desarrollar con nuestros hijos. No decaigamos, aunque a veces tengamos momentos de debilidad. (Esto a veces me sucede a mí misma cuando estoy en una situación de incertidumbre y no sé que decisión tomar con alguno de mis niños cuando desafían mi autoridad como madre.) Lo mejor en estos momentos es acudir al fruto del Espíritu que nos ofrece la Biblia. **“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...”** (Gálatas 5:22,23).

Si tenemos todo esto presente y lo intentamos poner en práctica, estoy segura que en el momento de decidir un castigo para nuestro hijo, será el mejor.

La gravedad del asunto, junto con su edad y capacidad para distinguir entre el bien y el mal, son datos a tener en cuenta a la hora de corregir al crío. Pero sobre todo hagamos entender al niño con amor y diálogo que lo que hizo estuvo mal, y no se le va a premiar por ello, sino todo lo contrario.

Algo que me funciona con mi hijo mayor es privarle de aquello que más le gusta. De esta manera el niño reacciona y a su tiempo puede dar fruto de arrepentimiento. **“Es verdad que ninguna disciplina al presente parece causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”** (Hebreos 12:11).

En cuanto a los castigos, debemos de ser prudentes y saber diferenciar entre una simple travesura (o exploración de las cosas a su alrededor) y, por contraste, un comportamiento rebelde hacia nosotros. Dicen los expertos en psicología infantil que debemos distinguir entre dos aspectos: (1) la irresponsabilidad infantil y (2) el desafío de la autoridad de los padres. En este primer caso, se supone que por la inmadurez de los niños, dependiendo de su edad, van a cometer seguramente diversas travesuras (pintar la pared, romper un vaso, introducir un juguete en el inodoro, etc.). En este caso debemos de corregir al niño, enseñándole a madurar poco a poco. Le conducimos a pintar en un papel, a que coja un vaso de plástico, a tirar el juguete en su cesta, etc. Esto sería una corrección educativa. No debemos castigar a nuestros niños por su inmadurez. **“Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten”** (Colosenses 3:21).

En el segundo caso, el del desafío de la autoridad de los padres, tenemos que tener mucho cuidado porque es en la niñez cuando empieza la falta de respeto. Por ejemplo, el crío tiene que recoger su habitación y con descaro dice: “¡No!” Además, te grita y patalea. Es pura estrategia infantil. En este caso tenemos que armarnos de pa-

ciencia, coger al niño e imponerle un castigo adecuado.

Ellos tienen que saber hasta que límites pueden llegar con Papá y Mamá, y deben de aprender a respetarnos porque será bueno para ellos. Si respetan a sus padres, seguro que respetarán a su prójimo, a las autoridades superiores, y, por supuesto, algún día respeten al Señor. El respeto por la autoridad comienza en el hogar (Hebreos 12:6-10).

Hay un gran problema en la sociedad juvenil. En las escuelas no respetan a sus profesores. Les insultan, les hablan mal y hasta a veces les agreden físicamente. Esto sólo es un reflejo de los hogares, donde no han aprendido a respetar a sus padres ni a mayores desde pequeños. **“Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente”** (Marcos 7:10).

Un punto muy importante que tenemos que tener en cuenta como padres es que para tener éxito en la corrección de los hijos, es necesario haber establecido con ellos una buena conexión comunicativa. Una de las peores cosas que los padres de una familia pueden hacer es comenzar a disciplinar, sin haber conseguido antes una buena y estrecha relación con sus hijos. La disciplina será muy significativa y eficaz si surge una buena y genuina comunicación entre padres e hijos. Si esto no ocurre en nuestros hogares, ¡ya es hora de comenzar! Debemos preguntarnos en una escala del uno al diez: ¿cómo evaluamos la calidad de la comunicación que hay en nuestros hogares? ¿Qué podríamos hacer para mejorar nuestra situación ante nuestros hijos? Estoy segura que si hay buena disposición, Dios nos ayudará a encontrar la solución.



Aprendo más equivocándome

Educar a nuestros hijos en el perfeccionismo sería un grave error. Por ello, es muy importante que los padres permitan a los niños cometer equivocaciones. El error, el fallo, la transgresión es parte inevitable en el ser humano. Si, siendo imperfectos, somos insoportables en cuanto a la vanagloria y egoísmo, ¡cuánto más si fuésemos perfectos en lo absoluto! Aun así, nuestra meta como cristianos es caminar en la perfección de Dios. **“Dios es el que me ciñe de poder, y quien hace perfecto mi camino”** (Salmo 18:32).

Todo niño debería crecer con la convicción de sus errores cometidos. Hay que ayudarles a superar sus fracasos. Es de vital importancia que nuestros hijos sepan descubrir de cada situación errónea todos los aspectos positivos que incluyen o se puedan derivar. Sin duda alguna, siempre aprendemos algo bueno de las equivocaciones como, por ejemplo, intentar no volver a caer en lo mismo.

Nuestros hijos deberán ver cada situación de fracaso como una

oportunidad para aprender, ser creativo y crecer como ser humano. De este modo estarán aprendiendo a madurar y afrontarán mucho mejor cada momento difícil de sus vidas.

El arte más difícil no es el de no caerse nunca, sino el de saber levantarse y seguir el camino emprendido... y con la ayuda de nuestro Señor será aun más llevadero. **“Sostiene Jehová a todos los que caen, y levanta a todos los oprimidos”** (Salmo 145:14).

Diez Consejos Para Intentar Ser Mejores Padres

- Demuéstrales a tus hijos lo mucho que les quieres.
- Mantén un buen clima familiar.
- Educa en la confianza y el diálogo.
- Predica con el ejemplo.
- Comparte con ellos el máximo de tiempo.
- Acepta a tu hijo tal y como es.
- Enséñale a valorar y respetar todo lo que le rodea.
- Lo único que hacen los castigos injustos es confundirlos.
- Prohíbele lo necesario, y elógiale más.
- Intenta no perder la paciencia.

Para Reflexionar

- Si nuestros hijos viven en un ambiente hostil, aprenden a ser agresivos.
- Si viven con el ridículo, aprenden a ser retraídos y sin autoestima.
- Si viven avergonzados, aprenden a sentirse siempre culpables.
- Si viven en el respeto, aprenden a ser pacientes.
- Si viven estimulados, aprenden a tener confianza.
- Si viven en seguridad, aprenden a tener fe.
- Si viven con aceptación, aprenden a quererse a sí mismos.



Dame las mejores bendiciones

Esta es la parte positiva, pues todos no son regaños, castigo y mal comportamiento. También tenemos que saber recompensar cuando hay obediencia, buena actitud, y demuestran justicia y misericordia con otros (ayudan a un amigo, no hablan mentira a los de su alrededor, etc.).

La mejor bendición que le podemos ofrecer es transmitir nuestro orgullo, amor y alegría por su actitud positiva. **“Hay bendiciones sobre la cabeza del justo”** (Proverbios 10:6). Tenemos que bendecir a nuestros hijos no solo de regalos materiales, sino lo más importante será hacerle comprender que es un alma justa para Dios y que de esta manera se reciben las mejores bendiciones por medio de Él. **“La salvación es de Jehová; sobre tu pueblo sea tu bendición”** (Salmo 3:8).

Otra gran bendición es el afecto que les demostramos a nuestros hijos. Aquí me refiero a los besos, abrazos y a decirles cuánto les

amamos. No me estoy refiriendo solamente a las madres. También los padres tienen que aprender a ser más cariñosos y afectivos y decirles: “¡Te quiero hijo mío!” Al mostrarles nuestro afecto, les hacemos sentir más seguros y confiados. No tengamos miedo de enseñar nuestros sentimientos hacia ellos; no se malcriarán por esto.

La falta de afecto, según los expertos, puede provocar tristeza, soledad, mal comportamiento hacia los demás y rebeldía, secuelas que cuando crecen son muy difíciles de superar. Esto me consta pues tengo experiencia con personas mayores de mí alrededor que desde su niñez experimentaron una gran carencia de afecto.

Recordemos a Jesús cuando bendijo a los niños. No sería extraño imaginarnos al Señor besándoles y mostrándole Su amor. También podemos imaginar por un momento cómo se sintieron esos niños cuando Jesús reprendió a sus propios discípulos que estaban impidiendo que se le acercaran, diciendo: **“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis...”** (Marcos 10:14).

¿Cuántos destinos fueron cambiados ese día porque Él les amó y les escuchó? Les dio lo que todos los niños necesitan: autoestima y la dignidad de sus propios pensamientos y opiniones. Cuando me escuchas a mí, eso quiere decir que digo cosas que interesan y eso significa que yo soy importante. Nadie tenía tanto que hacer como Jesús, pero Él se tomó parte de Su tiempo para los niños.

“Dedícame Tiempo”

Una encuesta efectuada recientemente en los Estados Unidos reveló que el 54% de los niños menores de nueve años, incluidos recién nacidos, reciben habitualmente algún tipo de cuidado de personas que no son sus padres. Muchas familias necesitan dos sueldos para llegar a fin de mes. Aun así, muchas madres solicitan la baja maternal para poder estar con sus hijos (que son aproximadamente cuatro meses), pero ¿quién cuidará a la criatura después? A la hora de tomar este tipo de decisiones, es bueno recordar que los niños pequeños todavía son muy vulnerables. A quienes les corresponderá hacer un balance de

lo más apropiado para el niño serán, sin duda alguna, sus padres.

Gracias a Dios nosotros no tenemos las presiones económicas que otros matrimonios tienen. Por lo tanto, puedo permitirme el estar en casa criando a mis niños, al menos en la etapa más crucial de sus vidas. Un buen número de madres trabajan fuera de casa y tienen pocas opciones. Hacen extraordinarios esfuerzos por criar a su familia. No obstante, animo a todas las madres que no tengan demasiadas presiones económicas; que críen a sus hijos y que aparquen su profesión o carrera temporalmente porque la satisfacción que da criar a un hijo es mejor que ningún empleo.

Pero sobre todo tenemos que tener en cuenta que ellos nos necesitan y reclaman parte y a veces todo nuestro tiempo. No hay que olvidar que al principio de sus vidas son criaturas dependientes y, no sólo cuando son pequeños, sino también cuando crecen siguen necesitando para que les guiemos, les aconsejemos y les apoyemos en buenas decisiones. Es un gozo ser madre, a pesar de todo el trabajo y sufrimiento que conlleva serlo.

Una de las medidas más seguras de determinar cuáles son nuestras verdaderas prioridades, en realidad, es la manera en que distribuimos nuestro tiempo. Ciertamente esa es una de las maneras en que nuestros hijos determinan cuánto realmente ellos significan para nosotros. En la sociedad moderna, nos encontramos bajo presiones en constante crecimiento. Tendemos a medir nuestro éxito por lo rápido que podemos realizar ciertas tareas, pero esa no es una manera exacta de medir el éxito en las relaciones con nuestra familia, mucho menos en las relaciones con nuestros hijos.

Se habla mucho de dedicarle al niño una porción del día. Lo llaman “tiempo de calidad”. Es frecuente escucharlo sobre todo donde los dos padres trabajan y que tienen un horario poco flexible. En otras palabras, se concentrarán intensamente en sus hijos durante ese “tiempo de calidad” que se les asigna.

No puedo tener una impresión clara de lo que hacen exactamente con sus hijos durante ese “tiempo de calidad” pero mi reacción perso-

nal es que si yo fuera niña, no estaría satisfecha con una cantidad racionada del día. Lo que a mí me gustaría (y creo que todo hijo lo desearía, y en esto estaréis de acuerdo conmigo) sería sentir que mis padres siempre están disponibles para mí, que están allí cuando les necesite.

Deberíamos preguntarnos como nos sentiríamos si Dios, nuestro Padre celestial, nos diera sólo una porción racionada de Su tiempo en el cual estuviera disponible para nosotros. Cuan agradecida estoy de saber que nuestro Padre celestial no es así. Él está siempre disponible, día y noche. Su promesa es: **“y antes que clamen, responderé yo; mientras aun hablan, yo habré oído”** (Isaías 65:24). Es un Dios que se anticipa a nuestras necesidades. Así debemos ser con nuestros hijos.

Lo importante en este asunto no es el número exacto de horas que podemos estar cada día con nuestros hijos, sino que ellos sientan que estamos disponibles para ellos y que cuando hablan realmente oímos lo que tienen que decir. ¿Podemos asegurarles, como Dios nos asegura, que mientras hablan nosotros habremos oído?

Como padres cada uno de nosotros necesita preguntarse a sí mismo: ¿es mi hogar un lugar donde hay seguridad y buena comunicación? Hará falta más que unos momentos de “tiempo de calidad” para crear este tipo de hogar y puede que requiera algún sacrificio de nuestra parte. Es posible que tengamos que dejar temporalmente algo de nuestras vidas (nuestro trabajo inflexible, nuestro hobby favorito, etc.), pero al hacerlo estaremos comunicándonos con nuestros hijos en una lengua sin palabras. Estaremos diciéndoles: “¡Así de importante es que pienso que eres para mí!” y ellos en su mirada nos dirán: “¡Gracias Papá y Mamá por dedicarme todo vuestro tiempo!”

Una Fábula Para Pensar

Una zorra estaba siendo perseguida por unos cazadores cuando llegó al sitio de un leñador y le suplicó que la escondiera. Los cazadores le preguntaron al leñador si había visto a la zorra.

El leñador, con la voz les dijo que no, pero con su mano disimuladamente señalaba la cabaña donde se había escondido.

Los cazadores no comprendieron las señas de la mano y se confiaron únicamente en lo dicho con la palabra.

La zorra, al verlos marcharse, salió sin decir nada al leñador.

Le reprochó el leñador porque, a pesar de haberla salvado, no le daba las gracias. La zorra respondió: “Te hubiera dado las gracias si tus manos y tu boca hubieran dicho lo mismo.”

Moraleja: No niegues con tus actos, lo que pregonas con tus palabras.

Del relato de esta fábula se puede inferir que de nuestra manera de comportarnos, frente a lo que decimos a nuestros semejantes, deja mucho que desear... especialmente a nuestros hijos.

Muchas veces pretendemos que nuestros hijos se comporten o hablen de cierta manera, o que no utilicen ciertas expresiones vulgares que ni siquiera nosotros somos capaces de controlar. Por ejemplo, no quiero que mis hijos mientan, y mucho menos a nosotros “sus padres”, pero yo lo hago con mis hechos. Si llama por teléfono alguien con que no quiero hablar, le digo al niño con señas que diga que no estoy. O si voy a vender el coche con fallo técnico y me pregunta el comprador: “¿Qué tal va?”, respondo (con mi niño al lado): “¡Va de maravilla!” Esto es solo un ejemplo donde entrarían muchos temas más aparte de la mentira.

En definitiva, si decimos a nuestros hijos: “esto tú no lo hagas, no lo digas, o no lo veas,” pero nosotros con nuestros hechos hacemos todo lo contrario, somos verdaderos hipócritas como el leñador de la fábula. Que nuestras palabras tengan el apoyo inequívoco de nuestros hechos. ¡Los dos son importantes! Los apóstoles confirmaban las palabras del Señor con señales, es decir, hechos evidentes (Marcos 16:20). Hoy nuestras “señales” de que somos siervo fieles de Dios son nuestros frutos. **“Por sus frutos lo conoceréis...”** (Mateo 7:16).

Cuando somos adolescentes demandamos de nuestros padres el

ejemplo que hubiéramos querido ver en ellos. Hagamos todo lo posible para que nuestros hijos no nos reprochen y digan: “Te daría las gracias si tu boca y tus manos hubieran dicho lo mismo.” ¡Seamos buenos ejemplos con las palabras y los hechos!



Edúcame en valores cristianos

En la sociedad en que vivimos se están perdiendo los valores a una velocidad vertiginosa y sin contar con los jóvenes que ni siquiera saben el significado de este concepto. Cada vez es mas visible la falta de interés y de amor por el prójimo, incluyendo personas llamadas “religiosas”. Se critican unos a otros, se insultan, etc. Esto verdaderamente me produce tristeza y temor con respecto a mis hijos y por todos los jóvenes en general porque ¿en qué mundo les tocará vivir? Peor no podría ser, pero como los hombres necios y corruptos son expertos en empeorar más la situación, seguro que lo conseguirán.

Debemos de estar alertas como padres y transmitirles esta señal de alarma a nuestros hijos para que sus conciencias estén preparadas ante el peligro. Y de qué mejor manera que de la que nos advierte Dios por medio de Salomón: **“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”** (Proverbios 22:6).

El camino de Dios que se revela en las Escrituras es la mejor fuente que podemos tener en nuestras manos para poder llenar a nuestros hijos de los buenos y verdaderos valores cristianos.

Los valores más destacados los encontramos en los frutos del Espíritu: **“...amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...”** (Gálatas 5:22,23).

Procurando el bienestar de los demás

Todos las cualidades mencionadas arriba se pueden resumir en uno sólo, en el primero: el amor. **“El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor”** (Romanos 13:10). El amor es un valor tan positivo, tan visible y demostrativo en nuestro Señor (Juan 3:16). Desgraciadamente, la mayoría de los jóvenes confunden el verdadero significado del amor con pasión, con sexo ilícito desenfrenado, con el recibir sin ofrecer, etc. Es decir, el orgullo y el egocentrismo habitan en ellos, rebajando el amor verdadero a un nivel muy humillante.

El auténtico amor es dar y desear lo mejor para nuestro prójimo. En otras palabras, el amor actúa de tal manera que es amable, generoso, útil y beneficioso. Si tenemos en cuenta que el propósito del amor verdadero es procurar el bienestar de las personas que nos rodean, entonces veremos por qué no sólo debe ser paciente sino también generoso. Es más probable que sea la amabilidad, no la aspereza, lo que despierte lo bueno en la otra persona. De la misma forma en que Proverbios dice que **“la blanda respuesta quita la ira”** (Proverbios 15:1), así el amor que es amable tiene la habilidad de sacar lo mejor del otro.

Ser amable y generoso es un valor cristiano. Vemos como Cristo se describió a Sí mismo ante aquellos que necesitaban su ayuda: **“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”** (Mateo 11:28). He aquí una descripción del Ser más fuerte y lleno de amor que el mundo jamás haya conocido, suficientemente fuerte como para crear el universo y suficientemente sabio como

para oponerse a la hipocresía y al egoísmo de los falsos maestros de su época, y al mismo tiempo hizo todo con verdad y generosidad.

Veamos como el apóstol Pablo nos define más ampliamente el amor. Él usó la palabra griega “ágape” para describir este amor desde el punto de vista de nuestro Creador, el cual se traduce como el amor generalizado que debemos de transmitir a todos nuestros semejantes. Es un amor que sólo desea el bienestar del otro.

1ª Corintios 13:4-8 dice: **“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo propio, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser...”**

Para que nuestros hijos puedan transmitir este amor a sus semejantes, antes deben de haberlo experimentado en su propio hogar. Si están llenos de este amor, seguro que les será más fácil poder compartirlo con amigos de su escuela, familiares, vecinos, profesores, etc. Hay algo curioso que mi hijo mayor de cinco años me dice. A veces me comenta: “Mamá, yo quiero hasta las personas que no conozco.” Espero que él comprenda cuando sea un poco mayor que el amor no es solamente de palabras sino de actos.

Ayudando a los demás es una parte visible del amor. No se trata de tener que socorrer solamente a las personas del tercer mundo, sino de las que están a nuestro alrededor, las más comunes en nuestras vidas como, por ejemplo, familiares, amigos, vecinos, etc. No hablo aquí de ayuda económica solamente, sino de nuestro apoyo y lo que esté a nuestro alcance. Por supuesto, esto incluye la necesidad de darles testimonio del evangelio, de lo que Cristo puede hacer en sus vidas. Este principio pueden enfocarlo nuestros hijos con sus amigos de la escuela, profesores, familiares, etc.

Nuestros hijos deben saber y aprender a ayudar a su prójimo sin esperar nada a cambio. En otras palabras, debemos enseñarles a ser altruistas y generosos. **“Más bienaventurado es dar que recibir”**

(Hechos 20:35).

La importancia de la gratitud

Ser agradecidos es otro valor importante de la cual carece nuestra sociedad. Muchos niños y jóvenes de la actualidad muestran una falta de gratitud, quejándose por todo lo que les rodea. Tienen tantas cosas materiales a su alcance que han olvidado este principio tan sencillo. En vez de valorar y apreciar lo que tienen, exigen más y más cada vez. Ser agradecidos no es simplemente decir: “¡Muchas gracias!”, sino una actitud de saber valorar el gesto o detalle que alguien tuvo con nosotros. **“Dad gracias en todo”** (1ª Tesalonicenses 5:18).

¿De dónde arraiga toda esta ingratitud? ¡De nosotros, los padres! No estamos satisfechos con lo que tenemos, nos quejamos con frecuencia y siempre deseamos tener más y más para alimentar nuestros caprichos insaciables. Antes sólo teníamos un televisor, pero ahora “hay que tener dos”. Una vez nos fascinaba la idea de tener “piso propio”, pero la emoción pronto fue sustituida por el deseo de tener “una casita”. A la larga, la casita resultó ser demasiado pequeña y ahora necesitamos “una casa más grande, preferiblemente con piscina y pista de tenis”.

Platón dijo una vez que “la pobreza no consiste en la disminución de nuestras posesiones, sino en el aumento de nuestra avaricia.” La verdadera miseria del ser humano, según este filósofo griego, consiste en querer cada vez más y más. Esta manera de pensar y de vivir hace que no tengamos tiempo, ni siquiera para agradecer todo lo que tenemos. Estamos tan ocupados con nuestros afanes que dejamos a un lado la gratitud y —lo peor de todo— nos olvidamos de ser agradecidos por lo que Dios nos ha dado. **“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron las gracias...”** (Romanos 1:21). Ser agradecidos es un mandamiento del Señor (Colosenses 3:15).

Transmitamos este principio de gran relevancia a nuestros hijos. Que sean agradecidos, porque aunque haya momentos de dificultad en

nuestras vidas, seguramente habrá algo por lo que tengamos que dar gracias. Que no sean ingratos nuestros hijos como los nueve leprosos que no dieron gracias a Jesús por haberles sanado (Lucas 17:17,18).

¡Pase Usted Antes Señora!

Hoy en día es poco frecuente encontrarse con algún joven que conceda este privilegio y otros a una persona mayor, y sobre todo a una anciana. Es un valor caducado que ni siquiera se les ha enseñado a tener en cuenta. Es común ver cuando viajamos en autobús a personas mayores en pie y los jóvenes estudiantes sentados muy cómodamente, sin al menos ofrecer al anciano el asiento. Como éste hay muchos ejemplos en los que se debería dar el sitio que le corresponde al mayor.

Este valor y principio del respeto por los mayores está en decadencia. Muchos jóvenes han sido criados con una ausencia de este valor, lo cual hace que actúen irreverentemente cuando ven o están con una persona mayor.

Es cierto que hay mayores desagradecidos e irrespetuosos, pero esto no justifica que se les trate de igual modo. Tal vez ese anciano, cuando era joven, hubiera sido criado del mismo modo, sin restricciones ni respeto por los demás. Tenemos que hacer ver a nuestros hijos desde pequeños la importancia de respetar a los mayores sin importar su carácter. Es un principio que Dios nos enseña a poner en práctica en nuestra vida cotidiana, no sólo con los ancianos de la familia (abuelos, tíos, etc.) sino también con los mayores desconocidos. Debemos de enseñar a nuestros hijos a mostrar respeto hacia los mayores y hablarles bien, si es posible, con el tratamiento de usted. **“Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano...”** (Levítico 19:32). **“No reprendas al anciano, sino exhortale como a padre...”** (Timoteo 5:1).

Cada vez es más frecuente ver a los abuelos en residencias o asilos, sin siquiera recibir visitas regulares de sus hijos o parientes. Están aislados y no se tienen en cuenta sus necesidades o deseos. Sufren una

soledad y un abandono por sus descendientes, los que en otro tiempo se beneficiaron del cuidado y amor de los que ya son ancianos.

A continuación vamos a leer unas cuantas líneas de una poesía escrita y expresada por un mayor. Podemos compartirla con nuestros hijos.

El Abuelo

Voy a decirles con cariño y humildad,
una corta poesía, basada en la realidad.
Recuerdo siendo pequeño, igual que ustedes,
teníamos respeto, sin tantos placeres.
Entonces era sagrado contestar a los mayores,
que con mucha educación cumplíamos los menores.
Fuimos muy poco al colegio (hay que decir la verdad),
pero sí nos enseñaron a tener que respetar.
Ahora estudian muchos años (tienen que tener cultura),
pero tocante al respeto no hay asignatura.
Y debieran de tenerla, sépanlo los profesores,
que bien merece un suspenso quien contesta a los mayores.
Los hijos deben ser hijos, aún sobrados de potencia;
los padres deben ser padres, por muchos años que tengan.
No hay cosa para los padres que cause mayor placer,
que le respeten sus hijos, por muy crecidos que estén.
Se encuentran entusiasmados, llenos de felicidad,
pero si ven lo contrario, lloran en su soledad.
Se muestran acobardados, constantemente sufriendo,
pidiendo con ansiedad que les llame el Padre Eterno.
Es triste, doloroso y —más que nada— inhumano,
el no encontrar un cariño al llegar uno a ser anciano.
Los nietos a los abuelos los quieren cuando son niños,
pero según van creciendo se va mermando el cariño.
Si el abuelo les reprende, le contestan enfadados,
“Ya no entiendes, ni Papá, porque estáis muy anticuados.”
Cabizbajo y dolorido, se queda sólo el abuelo,

llorando gotas de sangre, sin tener ningún consuelo.
 Por la mañana temprano dicen muy fuerte y sin duelo,
 no hay quien duerma en esta casa por las toses del abuelo.
 A muchos seres les pasa todo lo que estoy diciendo,
 que Dios lo tenga en cuenta lo mucho que están sufriendo.

El Hijo Servicial

Ocurrió en un pequeño pueblo que estaban tres mujeres sacando agua de un pozo, y en el camino a sus casas, con sus pesados cubos, hablaban de sus hijos.

La primera elogiaba a su hijo que, siendo muy ágil, llegaría a ser seguramente un bailarín famoso. La segunda madre se jactaba del talento de su hijo en el canto. Pero la tercera madre, no sabiendo que decir, se expresaba así: “Mi hijo no tiene ningún talento extraordinario”.

Mientras las mujeres llevaban sus cargas, un joven ágil les adelantó saltando y bailando. No pareció ver a las mujeres esforzándose con su carga. La primera madre dijo en voz baja: “Es mi hijo. Veis cuán encantador es.” Poco después, llegó otro joven silbando y cantando de maravilla. Les adelantó, sin mirarlas ni saludarlas. La segunda madre afirmó con orgullo que era su hijo. Por último, otro joven (sin talento aparente) alcanzó a las tres señoras, las saludó respetuosamente y dijo a una de ellas: “Dame los cubos, Mamá, ya que pesan mucho para ti”. Y éste siguió con ellas. Al llegar a la aldea, las mujeres se encontraron con un anciano y empezaron a jactarse del talento de sus hijos, diciendo: “¿Ha visto a nuestros hijos?” El anciano contestó: “¿De qué hijo habláis? ¡Sólo he visto a uno! ¡Un hijo que tiene el don de servir a su madre con humildad!”

Este relato tan hermoso me recuerda a nuestro Señor Jesús que vino a este mundo no para ser servido sino para servir. **“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”** (Marcos 10:45). Nosotros, como padres, debemos enseñar a nuestros hijos esta virtud y, de

este modo, valorar y elogiar lo que verdaderamente importa, no dando tanta importancia a cualidades vanas y superficiales que no aprovechan eternamente. **“No os apartéis en pos de vanidades que no aprovechan ni libran, porque son vanidades”** (1 Samuel 12:21).



¿Estás aquí, Papá?

Alguien dijo una vez que los niños forman su primer concepto de cómo es Dios mirando a sus papás. Un padre es la persona más parecida a Dios a los ojos de nuestros hijos, sobre todo cuando son pequeños. No obstante, existe otro lado de esto: un padre también puede crear en sus hijos un concepto equivocado de cómo es Dios por no desempeñar bien su papel como padre. ¿Es Papá amoroso, paciente, disponible, compasivo, fuerte, etc.? Es fácil para una criatura hacer una imagen de Dios de esta forma si así es su papá. Pero si el padre es amargado, enfadado, crítico, demasiado ocupado, o simplemente ausente e irresponsable, esa criatura empieza la vida con una idea negativa acerca de Dios.

¿Cómo puede un padre funcionar bien en la relación que mantiene con sus hijos? En primer lugar —y ante todo— mostrándoles un amor claro e indudable. El amor de una madre es tierno e irremplazable,

pero no es suficiente. Hay una cualidad distinta en el amor de un padre. Incluso a un bebé ese amor imparte un sentido de fuerza, de seguridad, y de ser importante y valioso. Cuando falta este tipo de amor en la vida de una criatura, el resultado es una herida psicológica, probablemente mejor descrita como “rechazo” (una sensación de no ser querido ni importante).

El padre es el prototipo de nuestros hijos. No es simplemente una persona que duerme en casa, se va al trabajo por la mañana y cada primer día del mes trae dinero para ropa, comida, etc. Esta sería la definición de padre para muchos hijos.

Miles de personas en nuestra sociedad moderna cargan con las heridas internas del rechazo. Algunos nunca han conocido el amor, ni del padre ni de la madre. En la mayoría de los casos, esa herida de rechazo nunca es realmente diagnosticada, y los que la sufren pasan por la vida con una sensación de estar incompletos, pero nunca comprenden qué falta exactamente. Todo esto me consta porque tengo en mi familia a varias personas en esta situación.

Los síntomas de esta herida y vacío pueden ser tanto pasivos como activos. En su lado pasivo, los síntomas pueden asumir cualquiera de las siguientes formas, o todas ellas: depresión, cinismo, falta de propósito, falta de esperanza y, en último caso, tendencias suicidas. En su forma activa, pueden asumir la forma de frustración, ira, rechazo de la autoridad, violencia, criminalidad, etc. Quizás una de las causas no diagnosticadas de gran parte de los crímenes y violencia en la sociedad es el fracaso de los padres al no haber sabido amar a sus hijos.

Algunas veces el problema no es que los padres no amen a sus hijos, sino que no saben demostrar su amor. El amor no demostrado no satisface las necesidades del ser humano.

El amor de un padre se puede comparar con el amor paternal de Dios, el cual no es débil ni negligente. Dios no consiente la rebeldía y desobediencia de sus hijos. Al revés, Su amor se expresa por la firme disciplina: **“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”** (Hebreos 12:6).

En el libro de los Proverbios, escrito por el rey Salomón, se destaca el tema de la disciplina. Como ejemplo de esto, Salomón dice a los padres: **“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”** (Proverbios 13:24). También añade en otro versículo: **“Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma”** (Proverbios 29:17).

Como el padre es la cabeza de la familia, toda disciplina debería ser vista como procedente de él. Con todo, la mayoría de las veces, como dije al principio, es llevada a cabo por la madre. Lo importante es que ambos estemos de mutuo acuerdo; si no, nuestros hijos nos pueden poner uno contra el otro.

Preguntas que debería hacerse todo padre como cabeza de familia:

- ¿Qué tipo de ejemplo he estado dando a mis hijos?
- ¿Estoy dándoles propósito de vida y valores por los que deben vivir y luchar?
- ¿O, por contraste, les estoy enseñando prototipos y compromisos a favor de la prosperidad material y del éxito en este mundo como el ideal de vida?

Breve Mensaje Para Un Padre

Padres, ¿estáis escuchando? ¡La presión está subiendo! Los reformatorios están llenos de muchachos que cometen crímenes de adultos, abusos, robo a mano armada, etc., y lo más terrible es que son indiferentes a toda clase de autoridad, empezando por sus propios padres. De niño comienzan a coger el martillo y hacer trizas sus juguetes. Después como hombre aporrea su puño contra la pared o para magullar a su esposa. La talla de su ropa ha cambiado pero los mensajes que están dentro son los mismos. “¡Nadie escucha! ¡Nadie comprende!” A lo mejor, piensas que estoy haciendo un mundo de algo pequeño. ¡Piénsalo de nuevo! Reordena tus prioridades en tu

hogar. Hazlo correctamente y te alegrarás por la eternidad. ¡Aquí hay algo en lo que debes pensar como cabeza de familia!

Ocúpate y preocúpate de tu hijo. Dedicale parte de tu tiempo (seguro que lo tienes); si no, sacrifica parte de él por el bien de tu hijo. Charla con él/ella de sus inquietudes, temores, aficiones, etc. Aconséjale sobre sus amistades y conócelas. Tómate tiempo con él como padre cristiano (orar juntos, leer historias bíblicas, pasajes o estudiar un tema en concreto).

No seas solamente una presencia física para él. Sé presente en su vida como un padre palpable y real.

Recuerda que tu hijo no es una maldición sino una bendición. También recuerda que es tu responsabilidad y Dios te juzgará por ello. Pero sobre todo ámalo y demuéstreselo.

CARTA DE UN HIJO A TODOS LOS PADRES DEL MUNDO

No me des todo lo que te pido.

A veces solo pido para ver hasta cuánto puedo coger.

No me grites.

Te respeto menos cuando lo haces, y a mí me enseñas a gritar también.

No me des siempre órdenes.

Si, en vez de órdenes, a veces me pidieras las cosas cortésmente, yo lo haría más rápido y con más gusto.

Cumple las promesas, buenas o malas.

Si me prometes un premio, dámelo, pero también si es un castigo.

No me compares con nadie, especialmente con mi hermano.

Si tú me haces sentir mejor que los demás, alguien va a sufrir y si me haces sentir peor que los demás, seré yo quien sufra.

No cambies de opinión tan a menudo sobre lo que debo hacer.

Decide y mantén esa decisión.

Déjame valerme por mí mismo.

Si tu lo haces todo por mí, yo nunca podré aprender.

No digas mentiras, ni me pidas que lo haga por ti, aunque sea para sacarte de un apuro.

Me haces sentir mal y perderé la fe en lo que me dices.

Cuando estés equivocado en algo, admítelo y crecerá la opinión que yo tengo de ti.

Así me enseñarás a admitir también mis propias equivocaciones.

Trátame con la misma amabilidad y cordialidad con que tratas a tus amigos.

Porque seamos familia, no quiere decir que no podamos ser amigos también.

No me digas que haga una cosa cuando tú no la haces.

Yo aprenderé lo que tu hagas, aunque no lo digas. Pero nunca haré lo que tú digas y no hagas.

Cuando te cuente un problema mío, no me digas “no tengo tiempo para bobadas, o eso no tiene importancia”.

Trata de comprenderme y ayudarme.

Y quiéreme y dímelo.

A mi me gusta oírte decir, aunque no creas necesario decírmelo.



Mi deuda con vosotros

Hemos visto en las páginas anteriores la responsabilidad que tenemos como padres hacia nuestros hijos, pero ahora veremos las deudas que tienen nuestros hijos con nosotros como padres.

Hay algunos hijos que afirman no tener la culpa de “ser como son” y que “no son responsables de haber venido a este mundo”. Con estas frases tan comunes, intentan responsabilizar a los padres. Hay padres que creen que los hijos sólo tienen responsabilidades, pero también hay hijos que piensan que los únicos responsables son los padres. En realidad, las dos creencias están equivocadas.

¿Que deben los hijos a los padres? En primer lugar, les deben **agradecimiento**.

Vemos en Romanos 1:21 que la gente se encontraba en la oscuridad espiritual y que no le dieron gracias a Dios. ¡Eran malagradecidos!

Si hay a quien le debemos estar siempre agradecidos, es a Dios. Esto es correcto, pero también es correcto estar agradecidos a los padres, quienes nos cuidan. Fuimos nosotros sus padres los que les trajimos al mundo.

Sobre el agradecimiento, deberíamos preguntarles a nuestros hijos: “¿Estás agradecido a tus padres?” ¿Nos agradecen lo que hacemos por ellos? ¿Nos muestran agradecimiento?

Merecemos respeto como padres, no por el hecho de que siempre estemos en lo correcto, sino sencillamente porque somos sus padres. Esta gran verdad de que como padres merecemos respeto fue enfatizada por Dios en los diez mandamientos cuando dijo: **“Honrarás a tu padre y a tu madre”** (Exodo 20:12). La palabra honrar incluye el respeto y todo lo que significa. Se repite en Levítico 19:3.

El mandamiento dado por Dios incluye el maravilloso beneficio de alargar los días de vida. Los días de vida se alargan por los buenos hábitos aprendidos, y lo más importante, al guardar este mandamiento, nuestros hijos están obedeciendo a Dios.

Cuando el joven rico vino a preguntarle al Señor Jesús sobre lo que tenía que hacer para heredar la vida eterna, el Señor Jesús repitió varios mandamientos en Lucas 18:20, entre los cuales estaba el de respetar a los padres. Este mandamiento es tan fundamental que fue repetido en Efesios 6:2,3.

Pero ¿cómo pueden nuestros hijos mostrarnos respeto? Nos muestran respeto por la forma en que nos hablan y por la manera de actuar con nosotros. Algunas veces no son necesarias las palabras para ser irrespetuoso. Como evidencia de esto, la Biblia dice: **“El ojo que escarnece a su padre y menosprecia a su madre, los cuervos de la cañada lo saquen, y lo devoren los hijos del águila”** (Proverbios 30:17).

El obedecer a los padres está muy relacionado con el respetarlos. El problema de la desobediencia a los padres es un problema viejo, ya mencionado por el apóstol Pablo en la carta a los Romanos.

La enseñanza que nos da el apóstol en Efesios 6:1 (**“Hijos obe-**

decad en el Señor a vuestros padres porque esto es justo”) nos muestra que nuestros hijos deben de obedecernos no porque seamos justos sino porque el obedecer es justo.

La mayoría de la gente coincidirá sobre la gran necesidad que hay de instruir y guiar a los niños pequeños. ¿Te imaginas lo que pasaría si no vigiláramos a nuestros hijos pequeños, si les dejáramos hacer lo que ellos quieren hacer? Sin duda, si les dejáramos ir a la cocina a coger un cuchillo o meter la mano en el fuego o en la toma de corriente, o que se fueran solos a la calle, muchos no llegarían a sobrevivir! Por eso, tenemos que guiar y enseñar las cosas que pueden hacer y las que no pueden hacer. Tenemos que enseñarles a obedecer y a saber comportarse según el lugar, ya que ellos no nacen aprendidos. También, a los adolescentes se tienen que guiar, simplemente porque lo necesitan.

¿Qué significa obedecer a los padres? Significa hacer lo que los padres dicen, obedeciendo no a regañadientes, sino respondiendo rápidamente y con alegría. Eso es lo que Dios desea para los hijos, y si un hijo tiene esta buena actitud, alegría a Dios y a sus padres.

Las malas consecuencias que da la desobediencia se refleja en la sociedad llena de corrupción e inmoralidad

En la ley del Antiguo Testamento se condenaba a pena de muerte a los hijos rebeldes y desobedientes. Esto habla ya de los adolescentes. Hoy día no estamos bajo esa ley, pero es bueno tener presente la importancia que tiene la obediencia a los padres.

En conclusión lo que nuestros hijos nos deben es respeto, obediencia, gratitud, y amor continuo.



¿Cuál es el asunto primordial para mi vida?

Esta sería una buena pregunta de parte de nuestros hijos, pues ¿qué asunto más importante que tomar una decisión algún día sobre la salvación de sus almas?

Dios nos enseña por medio de Su Palabra que los niños pequeños no son pecadores, es decir, no necesitan de salvación, pues a ellos pertenecen aun el reino de los cielos (Marcos 10:14).

Cuando nacemos no heredamos el pecado de nuestros padres. Ezequiel 18:20 dice: **“El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo...”**

Lo que heredamos de nuestros primeros padres es la muerte física, pues a causa del pecado de ellos entró en el mundo. **“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto**

todos pecaron” (Romanos 5:12).

Cada uno es responsable de sus propios pecados. También llegamos a ser pecadores cuando imitamos los malos hábitos de nuestros progenitores y de la sociedad en la cual vivimos.

¿Cuándo debe plantearse el joven este asunto? Pues, cuando:

- Sabe discernir entre el bien y el mal
- Conoce lo que significa el pecado y sus causas.
- Comienza a apartarse de Dios
- Reconoce que ha pecado, es decir, que ha infringido la ley divina, 1ª Juan 3:4.

El libro del Génesis nos dice que el hombre comienza a ser pecador “desde su juventud” (Génesis 8:21). Este hecho es cierto, pues no hay más que ver las noticias de adolescentes de tan sólo doce años que ya han cometido algún tipo de delito, incluidos crímenes.

No hay edad fija para determinar cuando uno entra en esta etapa. Esto depende mucho de la madurez de cada joven. Los padres deben apreciar ciertos indicios, con los que podrán saber si su hijo es ya maduro y ha entrado en esta etapa. Como padres cristianos, debemos estar atentos a esta situación para poder así ayudarles y guiarles a tomar la mejor decisión de su vida, la de seguir a nuestro Señor y obedecerle. Aun así no será muy difícil si desde la niñez han sabido de las Escrituras, al igual que Timoteo, y han sido ejercitados en ellas

Los jóvenes suelen poner algunos impedimentos a la hora de hablar de este tema. Por ejemplo, dicen algunos: “Soy demasiado joven”, “quiero gozar primero la vida” o “el evangelio no es para los jóvenes”. Sin embargo, Dios quiere las vidas de los jóvenes antes que sean como una flor marchitada o un traje viejo o una manzana podrida. El desea los años mejores de la vida.

“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: no tengo en ellos contentamiento” (Eclesiastés 12:1).

¿Qué puede desviar a un joven de tomar el buen y justo camino?

Los amigos o las malas compañías son la mayor fuente de influen-

cia de nuestros hijos. Éstos para congraciarse con aquellos y no ser diferentes de los demás pueden caer en la tentación de seguir sus pasos y participar en:

- El sexo desenfrenado.
- El consumo de drogas, alcohol, etc.
- Modas (ropas de marca, zarcillos en cualquier parte del cuerpo, tatuajes, etc.)
- Locales de moda, donde destaca la música que induce al sexo y donde se ofrecen drogas, etc.

El libro de los corintios nos advierte de las malas compañías que pueden pervertir nuestras buenas costumbres (1ª Corintios 15:33). Es bueno que los padres conozcamos a las amistades de nuestros hijos desde pequeños. ¿Cuáles son sus amiguitos del colegio? ¿Con quiénes se relacionan nuestros hijos cada día? Si vemos que pueden influir negativamente en el buen desarrollo de nuestros hijos, es mejor cortar por lo sano.

Lo más adecuado será que sus relaciones de amistades más íntimas se encontraran entre creyentes, pero no pudiendo ser así, al menos sean jóvenes sanos con características morales buenas. Es cierto que Jesús se rodeaba de publicanos y pecadores de lo más bajo de aquella época, pero no olvidemos que esas personas estaban dispuestas a oír su mensaje y se convirtieron muchos de ellos. Además, Jesús escuchaba y estaba con pecadores, pero no se inmiscuía en el pecado.

No debemos de olvidar que, como Jesús, debemos de ser luces y que aun esas personas más marginadas y corruptas de la sociedad pueden ser llevadas a los pies de El. **“Por cuantos todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios..”** (Romanos 3:23).

También conviene comprender que los jóvenes se encuentran en una etapa donde se quiere saber y probar de todo. Dará mejor resultado si dialogamos más con ellos y si les persuadimos con amor y autoridad (teniendo siempre, por supuesto, marcados unos límites hasta donde pueden llegar su diversión a esta edad).

Nosotros mismos podemos proponer días de convivencia, salidas a

lugares culturales como, el cine, el teatro, museos, exposiciones, propagando el evangelio en cada salida, etc. De este modo estarán más estimulados a pensar en cosas honestas y buenas. **“...todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”** (Filipenses 4:8).

¿Que Tengo Que Hacer Para Ser Salvo?

Sería una buena pregunta hecha por un joven, y, como no, también por aquellos padres y abuelos, que aún no se han parado a reflexionar sobre este asunto.

El quinto libro del Nuevo Testamento, es decir, los Hechos de los Apóstoles, nos menciona esta pregunta realizada por un carcelero al apóstol Pablo y Silas, los cuales eran prisioneros por acusaciones injustas. El carcelero, según el relato de este libro, era el encargado de custodiarlos con seguridad. Los aseguró en el cepo del calabozo de más adentro. A medianoche Pablo y Silas cantaban alabanzas a Dios (Hechos 16:25).

En ese mismo instante Dios comenzó a actuar. Hubo un gran terremoto y los cimientos de la cárcel se sacudían. Se abrieron todas las puertas y las cadenas de los cepos, y todos los presos se soltaron. El carcelero estaba dormido, y, por supuesto, todo esto lo hizo despertar. Él, al ver lo que había sucedido, sacó su espada para suicidarse. Según la ley romana, se le requería su vida si permitiera que un preso escapara. Las puertas abiertas y las cadenas sueltas eran señales para el carcelero de que los presos habían huido, pero Pablo gritó a gran voz: “¡no te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí!”

No nos cuenta el relato si el carcelero había oído hablar antes a Pablo y Silas sobre el evangelio, tampoco se sabe si se conocían. Pero por lo que sucedió, supo que no eran presos como cualquier otro. El se dio cuenta de que la mano de Dios estaba allí y que Él estaba con esos hombres, porque la historia nos cuenta: **“Él entonces, pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se postró a los pies de**

Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo Señores, ¿que debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:29,30).

Pensemos en el significado de esta actitud del carcelero de Filipos: se sintió culpable ante Dios, por eso hizo semejante pregunta, a la cual veamos la respuesta dada por Pablo y Silas en el pasaje siguiente: **“Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”** (Hechos 16:31).

Pero no nos vamos a quedar aquí en este pasaje. Vamos a seguir más adelante para ver el resultado y significado de creer en el Señor. No nos quedemos atrapados como la mayoría del mundo protestante que se conforman con este pasaje. Los versículos 32-34 dicen: **“Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos. Y llevándolos a su casa, les puso la mesa; y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios.**

El texto nos relata que no solo fue bautizado el carcelero para recibir el perdón de Dios, sino que también su familia lo hizo. Aquí podemos deducir que este hombre tendría hijos con una edad madura para entender el propósito del bautismo, que es ni más ni menos que de perdonar nuestros pecados y entrar en una buena relación con Dios (Marcos 16:16).

Este plan de salvación tan hermoso tiene que ser enseñado a todos nuestros jóvenes, para que así puedan recibir el gran amor con que Dios nos ama. Jesús vino a este mundo con el propósito de redimirnos de nuestros pecados a través de Su sacrificio, pero debemos de acatar Su ley, Su buena y justa voluntad, y perseverar en ella (Juan 3:16).

Y a vosotros padres y abuelos que aún no habéis tomado esta gran decisión en vuestras vidas, ¿a qué esperáis? La vida sólo es un periodo de prueba para ver quienes pueden vivir en el cielo con Dios por la eternidad. Así que, como el carcelero de Filipos tomó la mejor decisión de su vida, es hora de decidir la vuestra. Te invito a que puedas comprobar el verdadero amor de Jesús por medio del evangelio. ¿Por

qué no comienzas a leer hoy mismo el libro de los Hechos de los Apóstoles y tu mismo averiguarás qué hacían las personas para llegar a ser cristianos solamente.

Una cosita más. (¡Escuchad jóvenes con padres cristianos!) La percepción que tenemos de nuestro padre varía según pasan los años:

4 años: Mi papá puede hacer de todo.

5 años: Mi papá sabe un montón.

6 años: Mi papá es más inteligente que el tuyo.

8 años: Mi papá no sabe exactamente todo.

10 años: En la época en que Papá creció las cosas seguramente eran distintas.

12 años: Desde luego, mi padre no sabe nada de eso. Es demasiado viejo para recordar su infancia.

14 años: No le hagas caso a mi viejo. ¡Es tan anticuado!

21 años: ¿Él? Por favor, esta fuera de onda, sin recuperación posible.

25 años: Papá sabe un poco de eso, pero no puede ser de otra manera puesto que ya tiene sus años.

30 años: Tal vez deberíamos preguntarle a Papá que le parece. Después de todo, tiene mucha experiencia.

35 años: No voy a hacer nada hasta no hablar con Papá.

40 años: Me pregunto como habría manejado esto Papá. Era muy inteligente y tenía una enorme experiencia.

50 años: Daría cualquier cosa porque Papá estuviera aquí para poder hablar esto con él. Lástima que no valoré lo inteligente que era. Podría haber aprendido mucho de él

Gracias a todos por haber llegado hasta aquí en vuestra lectura. Doy gracias a Dios por permitirme haber hecho este pequeño trabajo, porque sin Su ayuda nada hubiera sido posible.

Test de Preguntas

Este test de preguntas nos ayudará a reflexionar y meditar en cómo y cuánto conocemos a nuestros hijos a todos los niveles, es decir, si existe un vínculo estrecho entre ambos. Este propósito nos animará a dedicarles más tiempo cada día.

Intentemos ser sinceras/os y honestas/os con nosotros mismos para poder ver después las soluciones.

A continuación de cada pregunta, rodea con un círculo la que consideres acertada, sumando después la puntuación con el baremo que está al final.

1. — ¿Crees conocer profundamente a tus hijos/as?
 - A. Sí, lo suficiente.
 - B. Regular.
 - C. No como desearía.

2. — ¿Cuánto tiempo dedicas para hablar tranquilamente con ellos (de inquietudes, problemas, del Señor, etc.)?
 - A. Todos los días busco una oportunidad para dialogar, aclarar las dudas y charlar de lo que sucedió en el día.
 - B. A veces aparto algo de mi tiempo para dedicarme a ellos.
 - C. Me gustaría apartar cada día un poco de tiempo, pero el trabajo y las cargas familiares me lo impiden.

3. — ¿Cuánta confianza tienes en tus hijos/as con respecto a su comportamiento y en el saber estar con sus amigos, aun estando tu ausente? (Esta pregunta se refiere tanto a lo positivo como a lo negativo del comportamiento del niño/a.)
 - A. Lo suficiente. Sé como reaccionará y cómo se comporta, aunque no por ello no pueda sorprenderme.

- B. Mi confianza en ellos/as es regular, pues no estoy segura/o de cómo se comportarán con sus amigos.
 - C. Me encantaría poder confiar plenamente en ellos/as ,pero dudo de su comportamiento.

4. — Tus hijos/as te confían...
 - A. Normalmente todo, tanto si es positivo como negativo, aun cuando esto puede significar consecuencias graves.
 - B. Prácticamente todo, aunque a veces he descubierto cosas que él/ella no me dijo por miedo a las consecuencias.
 - C. Sólo me dice lo que a él/ella le interesa.

5. — Les hablo acerca de Dios...
 - A. En todo momento, en cualquier circunstancia del día y aprovechando todas las oportunidades. Es nuestro tema principal en común.
 - B. Algunas veces depende del ánimo, de cómo me encuentre, si estoy agotada/o del trabajo, etc.
 - C. Sí pudiera, lo haría más veces de lo que lo hago.

6. — Oramos a Dios juntos...
 - A. Normalmente varias veces cada día. (En el estudio bíblico, comidas, por un problema, al acostarme, etc).
 - B. Algunas veces, sobre todo cuando está su padre/madre y cuando tengo un hueco para ello.
 - C. Me gustaría hacerlo más a menudo pero no encuentro el momento y siempre estoy ajustada/do de tiempo.

7. — Leemos la Biblia...
 - A. Todos los días. Lo tenemos por meta principal.
 - B. Cuando encuentro el momento y la ocasión.

C. No, aunque sería mi mayor deseo. Pero, de todos modos, mis hijos/as saben muchísimo porque aprenden en la escolita.

8. — En vuestro matrimonio tenéis como objetivo principal para con vuestros hijos...

- A. Educar, y guiar a nuestros hijos todos los días con la Palabra de Dios.
- B. Educarles bien y algún día decidirán ellos.
- C. Enseñarles a que sean personas de provecho y todo lo demás vendrá después.

9. — Supuesto práctico: Nuestro hijo/a llega a casa muy serio o extraño, no como de costumbre. ¿Qué haríamos?

- A. Intentaría por todos los medios comunicarme con él/ella. Me sentaría a su lado hasta conseguirlo, aun dejando mis tareas u otro asunto para más tarde.
- B. Intento comunicarme, pero si él no quiere no insisto. Ya me lo contará más tarde.
- C. Me gustaría comunicarme, pero es que mi hijo/a es muy cerrado para sus cosas.

10. — ¿Desearías cambiar y mejorar, dedicándoles más tiempo a tus hijos/as y así poder comunicarte fluidamente con ellos/as?

- A. Sí, es mi máximo deseo.
- B. Sí, aunque siempre lo intento.
- C. Creo que estoy mejorando en esto.

Baremo de puntuaciones: A: 5 puntos, B: 3 puntos, C: 2 puntos.

Soluciones al Test:

De 47 a 50 puntos — ¡Enhorabuena! ¡Sigue así! Lo haces muy bien, ¡aunque algunas veces creas que deberías dar más! Conoces bien a tus hijos y transmites el evangelio a sus vidas. Sin embargo, por este resultado no te confíes ni descuides la oración y el estudio cada día de la Palabra de Dios. Normalmente estás a su lado, siempre que te necesitan. ¡No te desanimes y adelante!

De 40 a 46 puntos — Intentas dedicarles tiempo a tus hijos pero te preocupas demasiado por otros asuntos. Deberías dedicarles más tiempo a tus hijos para conocerles mejor y, además, leer la Biblia y orar con ellos todos los días. Anímate y adelante, ¡que seguro que puedes hacerlo! Hay momentos en la vida en que tenemos que hacer sacrificios. Este es el momento de hacer algo que merece la pena: tus hijos/as.

De 30 a 39 puntos — Desearías dedicarles más tiempo y conocer mejor a tus hijos, pero no te decides a tomar la iniciativa. Hay un dicho que dice ¡más vale tarde que nunca! ¿A qué esperas? Seguro que si pones un poco de empeño, puedes conseguirlo. Sobre tu fe en Dios, deberías meditar en ella, pues no tienes suficiente convicción para transmitírsela a tus hijos/as. Adelante, ¡que sí puedes conseguirlo! ¡Ora a Dios por ello!